

Julia London



*Cuestión de honor.
Escándalo en palacio*

Kate Bergeron es la Hermosa y misteriosa ex amante de un comerciante de telas... y la última belleza que ha atrapado el interés del príncipe de Gales. Atrapado en un desastroso divorcio, el príncipe intenta apartar la atención de su próxima aventura amorosa ordenándole a Grayson Christopher, el casadero duque de Darlington, que finja ante la sociedad londinense ser él quien tiene la aventura con Kate.

Cuando Grayson acepta de mala gana la petición del príncipe, se encuentra con que la dama es tan reacia como él mismo. Puede que Kate represente su papel en público, pero sus favores no están en venta para ningún hombre.

Mientras Grayson y Kate fingen su pasión a los ojos del mundo, descubren que lo que comenzó como una farsa se está convirtiendo en algo muy real. Y cuando la pasión da paso al amor, sus problemas no pueden ser mayores. Pues aunque el matrimonio entre un duque y una cortesana no puede ser, Kate sabe en el fondo de su corazón que no está dispuesta a aceptar nada menos.

Capítulo 01

*Londres, Inglaterra.
Navidad, 1806.*

En una nevosa Nochebuena, mientras la élite de la alta sociedad se reunía en Darlington House, en el distrito de Mayfair de Londres, para dar la bienvenida a los doce días de Navidad, un enfadado duque de Darlington se hallaba en la otra punta de la ciudad, caminando decidido por King Street bajo una fina capa de nieve, observando los frontispicios de las puertas de las casas en busca de las letras G y K entrelazadas.

Se cruzó con un grupo de jueguistas que le gritaron: «Feliz Navidad». Eso molestó al duque, porque le bloqueaban el paso y lo obligaron a inclinarse el sombrero y rodearlos antes de seguir con su examen de todas las puertas de la hilera de limpias y respetables residencias.

Encontró la G y la K en la última casa, un edificio grande de ladrillo. Bastante bonito, la verdad; el duque no pudo menos que preguntarse qué acto lascivo habría realizado la residente para ganarse una vivienda de esa calidad.

Subió hasta la puerta, alzó la aldaba de latón, golpeó tres veces y esperó impaciente. Estaba de muy mal humor, no cabía duda. Nunca había sido tan explotado, tan manipulado...

La puerta se abrió, y un caballero de altura media, nariz chata, una mata de cabello color jengibre y el traje arruga-

do se presentó ante él. Miró al duque directamente a los ojos y no lo saludó.

–Soy el duque de Darlington –dijo él malhumorado, mientras sacaba su tarjeta de visita del bolsillo del abrigo –. He venido a ver a la señorita Bergeron. Me está esperando.

El hombre le tendió una bandeja de plata. Darlington dejó su tarjeta en ella.

–Se lo diré –contestó el sirviente, y fue a cerrar la puerta, dejándolo fuera.

Pero Darlington estaba molesto más allá de las buenas maneras, y adelantó rápidamente la mano impidiéndoselo.

–Esperaré dentro, si no le importa.

La impasible expresión del hombre no se alteró. Abrió la puerta del todo y dejó al duque en el umbral.

–¡Intolerable! –masculló Darlington.

–Entre –le dijo el criado.

Darlington lo hizo, se quitó la chistera y se la entregó al hombre.

–¿Cómo se llama? –quiso saber.

–Mayordomo.

–No me refiero a su ocupación –replicó Darlington secamente–, sino a su nombre.

–Mayordomo –insistió el otro igual de seco–. Por aquí –añadió, y dejó sin ningún cuidado el sombrero sobre una silla. El sombrero resbaló y cayó boca abajo al suelo, pero Mayordomo siguió adelante, alzando el candelabro para iluminar el camino.

Guió a Darlington por un tramo de escalera, luego por un pasillo con cuadros colgados y caros jarrones de porcelana llenos de flores de invernadero. Darlington se fijó en que el suelo estaba cubierto por una elegante alfombra belga.

A la señorita Bergeron le habían ido bien las cosas.

Mayordomo se detuvo delante de una puerta doble roja y llamó. La amortiguada voz de una mujer contestó que pasara. El criado miró a Darlington.

–Espere –le dijo antes de entrar en el salón, y dejó las puertas ligeramente entreabiertas.

El duque suspiró impaciente y volvió a mirar su reloj de bolsillo.

–Vamos, querido –oyó que decía la voz femenina–. Dime, ¿te gusta esto?

–Mmmm –respondió una voz masculina.

Darlington volvió de golpe la cabeza hacia las puertas y se las quedó mirando, incapaz de dar crédito.

–¿Y esto? –Preguntó la mujer con una risita–. ¿Te gusta esto?

La respuesta, por lo que el duque pudo entender, fue un suspiro de placer.

–Ah, pero, espera, porque no sabrás lo que es bueno...

–Visita –dijo Mayordomo.

–Ahora no, Kate –protestó la voz masculina–. ¡Por favor! ¡Me dejarás anhelando más!

–¡Digby! ¡Aparta las manos! –Hubo una breve pausa y luego la mujer dijo–: Oh. Es él. Por favor, hazlo entrar, Aldous.

Darlington estaba mirando cuando Mayordomo abrió las puertas. Rápidamente, bajó la vista, porque su sentido de la decencia lo hacía no querer ver el acto lascivo que estaba seguro de interrumpir.

–¿Su gracia?

Él alzó la mirada. Fuera lo que fuese lo que esperaba, no era en absoluto lo que encontró. La habitación sí se parecía un poco a un salón francés, con paredes de color melocotón, cortinas de seda y muebles de grueso tapizado floreado. Vio revistas, sombreros y una capa dejada sin cuidado sobre una silla. Pero la mujer no estaba tumbada

en una otomana con un hombre encima, como había imaginado.

Se sorprendió al verla junto a una mesa llena de pasteillos y dulces. Además, había coronas de Navidad y otros adornos en las paredes y la repisa de la chimenea; una docena de velas iluminaban la estancia y un gran fuego ardía en la chimenea.

Su compañero, un tipo elegante con grandes entradas y que fácilmente pesaría casi unos noventa kilos, no sujetaba nada más lascivo que una taza de té. Se le veían los restos azucarados de un pastelillo en el labio superior.

Darlington estaba atónito, en primer lugar, porque había supuesto algo totalmente diferente a lo que estaba ocurriendo en aquella habitación. Pero quizá aún más porque la mujer, la señorita Katharine Bergeron, era como para quedarse boquiabierto.

El duque sabía que se trataba de una belleza poco frecuente. Lo había oído decir en más de un lugar, y lo había visto con sus propios ojos hacía dos noches, en la King's Opera House, cuando había asistido al estreno de *La Clemenza di Tito*, de Mozart, a petición de su amigo Jorge, príncipe de Gales. Se había sentado con éste en el palco real, y había sido él quien le había señalado a Katharine Bergeron. La joven se hallaba sentada a dos palcos de distancia, en compañía del señor Cousineau, un francés que había acumulado una considerable fortuna vendiendo telas de lujo a la buena sociedad de Londres. La señorita Bergeron era su modelo y amante.

En esa ocasión Darlington la había observado: estaba inclinada un poco hacia adelante en su asiento, embelesada por la música, llevaba un vestido de seda blanca con ribetes de terciopelo rosa, que parecía resplandecer a la tenue luz del teatro. Unas perlas adornaban sus orejas, sus muñecas y, sobre todo, su garganta. El cabello, rubio platino, estaba recogido con otra ristra de perlas. No se había puesto una pluma, como tantas damas parecían preferir,

sino que había dejado que algunos finos tirabuzones le colgaran por la nuca.

En un momento dado, había movido un poco la cabeza y lo había descubierto observándola. No había apartado la vista con timidez, sino que, sin inmutarse, le había devuelto la mirada durante un largo momento antes de volver su atención de nuevo al escenario.

Ese descarado había despertado en él un leve interés. Sin embargo, no había esperado volver a verla..., hasta que Jorge lo había llamado. Y ahora se encontraba en el salón privado de la señorita Bergeron.

Pero ella no tenía en absoluto el mismo aspecto de la noche de la ópera. Se la veía asombrosamente hermosa, pero sin el maquillaje, su belleza era limpia y natural. Llevaba un vestido azul bastante sencillo, un delantal y un chal echado recatadamente sobre los hombros. No tenía el cabello recogido, y le caía, largo y abundante, sobre los hombros.

–Su Gracia –repitió ella, sonriendo amablemente. Cogió un plato con magdalenas–. ¿Puedo tentarlo con este dulce navideño? Acabo de hacerlas –añadió orgullosa.

–Son divinas, su Gracia –dijo el otro hombre, mientras se ponía en pie y lo saludaba con una inclinación de cabeza.

–No –contestó Darlington sin dar crédito. ¿Acaso creían que había ido a tomar el té?–. Quisiera hablar un momento con usted, señorita.

–Claro –respondió ella, y le pasó un plato de dulces a su compañero–. Por favor, ve con Aldous, Digby, y no te los comas todos.

–Me esforzaré por portarme bien –contestó él alegremente–, pero ya sabes lo malo que puedo llegar a ser. – Se dio unas palmadas en la gran barriga, se inclinó de nuevo ante el duque y salió con Mayordomo.

Cuando se hubieron marchado, Darlington frunció el cejo.

–Lamento que no hayamos podido ser presentados formalmente, pero, al parecer, la situación no se presta a ello.

–Sí –contestó ella. Y miró la comida que había sobre la mesa–. No le esperaba tan pronto.

–Su protector se ha mostrado realmente insistente.

Ella hizo una mueca irónica y le señaló una silla.

–Siéntese, por favor. ¿Está seguro de que no puedo tentarlo con una magdalena? Confieso que estoy aprendiendo el arte de la repostería y no estoy segura de su calidad.

–No, gracias.

–Por favor –dijo la joven, y le señaló de nuevo la silla–. Confío en que se sienta cómodo aquí.

–Señorita Bergeron, no considero que las circunstancias sean cómodas en absoluto.

–Oh, ya veo –respondió ella, alzando una ceja.

Darlington dudaba bastante de que lo viera. Era una cortesana, sin duda no tendría que observar el decoro lo mismo que él.

–He venido, como me ha pedido el príncipe, a conocerla y a concretar una o dos apariciones en público que sirvan a sus... propósitos –explicó con desagrado.

–Muy bien. –La señorita Bergeron sonrió, y en ese momento Darlington supo cómo había cautivado al príncipe.

Pero si pensaba que a él podría seducirlo tan fácilmente, se equivocaba por completo. Y además, ¿qué era aquello que tenía justo sobre el hoyuelo de la mejilla? ¿Un poco de harina?

–Está el Baile de la Noche de Reyes en Carlton House –dijo él, un poco distraído por la harina.

–Eso servirá. ¿Nos encontraremos allí?

–La vendré a buscar.

Su sonrisa pareció hacerse incluso más atractiva.

–Hay una ópera programada para poco después. ¿Servirá eso?

–Adoro la ópera –respondió ella en seguida.

–Muy bien –dijo Darlington–. Será suficiente por ahora. Además, le recuerdo que durante este... ardid –hizo un gesto de desagrado con la mano–, espero que se me tenga la deferencia debida a un noble. Sólo tenemos que dejarnos ver en público y confiar en que el chismorre habitual haga el resto. Por tanto, no veo razón para tocarnos ni tener cualquier otro comportamiento que pudiera ser desaprobado por mi apreciada familia o mis amistades. Cuando esos actos públicos concluyan, me aseguraré de que la acompañen a su casa, pero no veo razón para prolongar nuestros encuentros más allá de lo estrictamente necesario. ¿Estamos de acuerdo?

Ella sonrió con curiosidad.

–¿Siempre es usted tan prolijo?

–¿Prolijo?

–¡Sí! Prolijo –exclamó la joven, al parecer encantada con la palabra.

¡Prolijo! Si supiera el sacrificio que estaba haciendo por el príncipe...

–No se confunda, señorita Bergeron. Me han obligado a participar en esta... farsa –soltó molesto–. No me causa ningún placer. No le daré el menor motivo para ningún tipo de falsa esperanza. Y, si ya estamos de acuerdo, me marcho –concluyó, y se volvió hacia la puerta.

–Si por falsa esperanza quiere decir que no va a probar mis magdalenas y decirme que son deliciosas, no tiene de qué preocuparse, su Gracia –contestó ella, y él volvió a prestarle atención–. No lo esperaba; sólo trataba de ser amable. –Cogió un dulce y fue hacia el duque, mirándolo directamente sin ningún pudor–. Sólo queda un pequeño detalle por aclarar. –Se calló para morder el dulce. Alzó las cejas y sonrió–. Mmmm. Muy rico, si se me permite decirlo. –Inclinó la cabeza para mirarlo, con sus profundos ojos verdes suavizados por la longitud de sus oscuras pestañas.

Darlington sintió el absurdo impulso de limpiarle la harina de la mejilla. La joven era delicada, de una altura algo inferior a la media, pero tenía un porte majestuoso, y una elegancia que la hacía destacar entre las otras mujeres. Y su cabello... su cabello parecía seda hilada.

–Tampoco yo quisiera darle motivo de falsas esperanzas. Por tanto, quiero dejar bien claro que este arreglo no es de mi gusto más de lo que, al parecer, lo es del suyo. No estoy a su disposición... y no debe tocarme ni tomarse cualquier otra libertad con mi persona.

Él alzó una oscura ceja y le miró la boca, de gruesos labios.

–Puede estar tranquila, señorita Bergeron, ése no es ni mi deseo ni mi intención. Considero la sugerencia bastante falta de gusto.

Algo destelló en los ojos de ella, que sonrió.

–¿De verdad? Ningún hombre me había dicho eso. – Se metió el último trocito de dulce en la boca.

¿Quizá aquella chiquilla no sabía quién era él? ¿El poder que tenía en la Cámara de los Lores? ¿En Londres? Se irguió ligeramente para destacar su mayor altura, pero ella no pareció impresionada en absoluto.

–Se lo advierto, señorita Bergeron. No soy el príncipe. No pierdo la cabeza por su hermosura ni por sus supuestos encantos de dormitorio.

–¡Espléndido! Entonces, no tendremos problemas, porque yo tampoco soy una debutante que ansia su atención o busca un marido.

Por una vez, Darlington no supo qué decir.

–¿Algo más? –preguntó secamente mientras ella, con parsimonia... y provocativamente..., se limpiaba la comisura de la boca con el dedo.

–Sí. Puede llamarme Kate –contestó–. ¿Cómo debo llamarlo yo?

–Su Gracia –replicó él, y salió de la habitación.

Capítulo 02

Las invitaciones a la celebración anual de Darlington, que marcaba el inicio de los doce días de Navidad, eran muy codiciadas. El acontecimiento se esperaba con ansia durante semanas. Siempre se podía estar seguro de que algo terriblemente escandaloso pasaría cuando el ponche navideño y el *whisky* comenzaran a correr. Un año atrás, el príncipe de Gales había sido pillado en circunstancias comprometedoras con *lady* Hertford, lo que hizo que el esposo de ésta la enviara a Irlanda poco después, para mantenerla alejada de las ardientes garras del príncipe.

Darlington House se hallaba en Charles Street, una mansión rodeada de extensos jardines, en el corazón de Londres. Estaba adornada para la ocasión: el ponche fluía en abundancia de tres fuentes construidas expresamente para la fiesta. Frondosas coronas de acebo cubrían los cuadros familiares y los marcos de las ventanas, y había muérdago en todas las puertas. Unos troncos navideños ardían en docenas de chimeneas, y muchos más leños, regalo al duque de Darlington, como de costumbre, se apilaban sobre el suelo de mármol del gran vestíbulo para tenerlos a mano cuando fuera el momento de volver a llenar las chimeneas.

El ponche, mezclado con abundante *whisky* escocés, hacía que el humor festivo fuera aún más animado, y más de una joven dama, vestida de caro terciopelo y satén, era

escandalosamente asaltada bajo el muérdago, y luego reaparecía con todos los adornos torcidos. Los caballeros, vestidos con sus mejores fracs, estaban muy dispuestos a escandalizar. La mayoría eran solteros, y esa celebración navideña se consideraba como el mejor preludio de la siguiente cosecha de debutantes.

Pero el soltero más codiciado, Grayson Christopher, el joven y apuesto duque de Darlington, no se ponía nunca bajo el muérdago. Tenía fama de ser muy reservado y cuidadoso con su reputación y su conducta. Además, en ese momento no se encontraba aún en el salón, sino caminando decidido por el pasillo de los criados, un piso por encima de la fiesta.

Cuando, aún con el abrigo puesto, llegó al final del pasillo, torció a la derecha y oyó algo que sonó como un grito contenido. Se detuvo, alzó la vela y vio a *lady* Eustis bajo la tenue luz, apoyada contra la pared de piedra.

Ah, *lady* Eustis, una mujer atractiva donde las hubiera. Esa noche, llevaba un vestido de terciopelo verde que resaltaba su cabello negro azabache. Parecía sobresaltada por la súbita aparición de Darlington, y rápidamente se apartó de la pared, juntando las manos, nerviosa.

—¿Qué está haciendo aquí, *milady*? —le preguntó él con voz suave.

—Ne... necesitaba alejarme un momento de la reunión —contestó la mujer, y se llevó la mano a la nuca. Ese pequeño gesto la hizo tambalearse ligeramente—. El salón de baile está muy cerrado y los caballeros han bebido demasiado.

—¿La ha ofendido alguien? —preguntó Grayson, acercándose a ella y mirándola fijamente—. Dígamelo, y haré que lo echen inmediatamente de esta casa.

La dama dejó caer la mano y volvió a apoyarse lentamente contra la pared.

—Sí, su Gracia, alguien me ha ofendido.

Él dio otro paso adelante y alzó la vela. Ella esbozó una media sonrisa.

–No parece usted, *lady* Eustis –comentó, mientras la recorría de arriba abajo con la mirada, sin ningún recato.

–¿De verdad? Quizá sea porque he bebido un poco demasiado de su ponche.

–Ah. –Una sonrisa depredadora apareció en los labios del duque, que se acercó aún más–. Dígame, ¿qué sinvergüenza la ha ofendido?

Ella alzó la mano y lo empujó por el pecho.

–Usted, su Gracia. Mi esposo me ha advertido contra los hombres como usted.

–¿Lo ha hecho? –Murmuró Grayson mientras su mirada se entretenía en el bonito escote de la dama–. ¿Y qué le ha dicho lord Eustis exactamente?

–Que ciertos caballeros tratarán de aprovecharse de mi inocencia.

–Su esposo es un hombre listo –contestó él, y, con descaro, le colocó un rizo perdido tras la oreja. *Lady* Eustis volvió un poco la cabeza, apartándola de la mano de Grayson–. ¿Y lord Eustis le ha explicado qué debe hacer cuando alguien intenta algo tan reprochable? –Le rozó la oreja con el dedo y se entretuvo con el pendiente, jugueteando con él.

–Que debo abandonar la compañía del sinvergüenza al momento y avisarle inmediatamente.

–He oído que su esposo se halla en Shropshire.

–Así es, su Gracia.

–Entonces, le resultaría a usted complicado avisarle inmediatamente, sobre todo si el sinvergüenza se resiste a dejarla escapar. Ella lo miró con el rabillo del ojo, con una ligera sonrisa.

–¿Va usted a resistirse a dejarme escapar?

–Por supuesto –murmuró, y la besó en el cuello mientras la cogía por la cintura.

Lady Eustis puso rápidamente las manos entre ambos, pero Grayson no le hizo caso y la sujetó con fuerza mientras dejaba la vela sobre un pequeño mueble.

–Me pregunto qué le aconsejaría lord Eustis si el sinvergüenza no sólo pidiera, sino que insistiera –dijo, mientras le mordisqueaba los labios– en que se levantara la falda para poder aprovecharse adecuadamente de usted.

–Sin duda lo desaprobaba –contestó la dama, mientras inclinaba el cuello para permitirle mejor acceso.

Grayson tanteó en busca de la puerta cercana y la abrió.

–Un hombre listo –repitió, y la empujó dentro de la estancia, deteniéndose sólo un instante para coger la vela. Una vez en el interior, cerró de una patada, dejó la vela y colocó las manos sobre los pechos de *lady Eustis* mientras la empujaba contra la pared.

–¿Por qué has tardado tanto? –preguntó la mujer con el aliento entrecortado.

–El príncipe –masculló Darlington. En ese momento no quería pensar en él. Después ya tendría que explicarle lo que había sucedido, pero justo entonces, quería... necesitaba...

–¡El príncipe! ¿Y qué quería? –inquirió ella, respirando entrecortadamente mientras Grayson se peleaba con sus faldas.

Si había algo a lo que Diana no se podía resistir, era al cotilleo. Él se detuvo. Bajo la tenue luz de la única vela, miró la rosada piel de sus mejillas, la delicada forma de su cuello, la elevación del pecho. ¿Cómo decirle lo que iba a tener que hacer?

–Eres encantadora, Diana –dijo con voz ronca, y la apretó con fuerza contra sí mientras le cubría la boca con la suya.

Ella no se resistió; le subió las manos por el pecho y le rodeó el cuello para hacerle inclinar la cabeza. Grayson captó su aroma a rosas y se sintió invadido por un deseo

ya conocido. Le apretó las caderas y la besó con pasión, con la lengua en su boca, mordiéndole los labios, con su mano alzándose hacia la curva de su trasero, agarrándolo y apretándolo contra sí. Su miembro se endureció, y se apretó contra ella, gruñendo suavemente cuando la sintió removerse contra él.

Pero cuando fue a besarla en el cuello, *lady* Eustis le sujetó la cabeza con ambas manos.

—¿Qué quería el príncipe? —le preguntó de nuevo.

—Luego, querida...

—¡Luego! Luego tendré que fingir que casi ni te conozco —exclamó, mientras Grayson le agarraba la falda y se la subía por encima de la cintura.

—¿Piensas en el príncipe ahora? —inquirió él, mientras le ponía la mano entre las piernas y la acariciaba.

Diana tragó aire y cerró los ojos.

—No... ¡Grayson! —Soltó un grito ahogado cuando le introdujo dos dedos y los movió seductoramente.

Olvidando momentáneamente al príncipe, Grayson observó, cómo la mujer separaba los labios y se pasaba la lengua por el inferior mientras él movía los dedos dentro de ella. Diana le bajó las manos por el pecho, en busca de su erección.

Darlington se desabrochó los pantalones, liberándose, y luego subió aún más el vestido de terciopelo.

—Date prisa —susurró Diana, y le rodeó la cintura con las piernas. Él no la decepcionó, y la penetró con un suspiro de ansia. La sujetó por la cintura con una mano y con la otra bajo la pierna. Ella le mordió el lóbulo de la oreja mientras Grayson comenzaba a moverse en su interior, apoyándola en la pared. Cuanto más gemía Diana de placer, más rápido se movía él. Y cuando sintió que se le aferraba a los hombros y comenzaba a moverse, igualando sus embates, supo que estaba a punto de alcanzar el orgasmo, y se permitió unos momentos de puro éxtasis des-